CAMBIO EDUCATIVO PARA TODOS Y DESARROLLO SOCIAL

por Miguel Ángel ESCOTET

EN sólo quince años, la población mundial pasó de 5.000 millones a 6.000 millones. Un 25 por 100 de todos los adultos son analfabetos. Más de 105 millones de niños no han entrado a la escuela y, de continuar esta tendencia, para el año 2000 se duplicaría la cifra. Todavía casi el 40 por 100 de los niños no reciben vacunas contra las seis enfermedades de mayor mortalidad juvenil. Más de 14 millones de personas han tenido que buscar refugio fuera de sus fronteras. Existen 100 millones de desempleados, de los cuales 13 corresponden a Europa occidental. Los países con mayor deuda externa han visto disminuir su PIB per cápita entre un 12 y un 25 por 100, con graves consecuencias en sus inversiones sociales y educativas.

Éstos son sólo unos datos a los que podrían añadirse los de desnutrición, privación de las libertades fundamentales, degradación del medio ambiente, ampliación de las desigualdades económicas entre los países, mortalidad por enfermedad o accidentes y por las consecuencias de absurdas y estériles guerras civiles. Dificultades y problemas que afectan mayormente a los países en desarrollo y que con los de la droga y marginalidad de los países industrializados representan una buena parte de los desafíos mundiales para el cambio social.

El 1 de diciembre terminaba en Quito la reunión iberoamericana de consulta para la Conferencia Mundial sobre Educación para Todos, que se celebrará en Tailandia el próximo mes de marzo, bajo la organización, por primera vez, de la UNESCO, UNICEF, PNUD y Banco Mundial. Con la asistencia de ministros de Educación, Economía, Trabajo y Planificación se analizaron el proyecto de «Carta Mundial sobre la Educación para Todos y el Marco de referencia de acción mundial para la satisfacción de las necesidades básicas de aprendizaje», como elementos importantes para rectificar la situación presente y hacer frente internacional a esos desafíos sociales y económicos.

La Carta fue enriquecida sustancialmente y corregida en áreas que por omisión o simplicidad caía en un excesivo reduccionismo. Si bien la Carta se refiere a la educación básica (primaria) como necesidades mínimas para todos, omitía la educación inicial, punto de partida de los mayores desajustes físicos y psicológicos; daba escaso y equivocado tratamiento al docente, equiparándolo a los demás insumos (materiales o textos didácticos) en vez de considerarlo como coprotagonista del proceso educativo; establecía la correcta prioridad a la educación básica, pero proponía la redistribución de los recursos a expensas de los otros niveles, sin considerar que tanto el desarrollo socioeconómico como la misma calidad de la educación básica se deben en buena parte al sector científico, tecnológico y humanista.

Al mismo tiempo, la política de «oferta educativa semejante para todos», que ha caracterizado y caracteriza a la mayoría de los sistemas educativos mundiales, debe ser modificada por la de una educación diferenciada para lograr resultados igualitarios. Esta política social es, a mi entender, la más importante para alcanzar una auténtica igualdad de oportunidades. Se hace necesario establecer un nuevo criterio redistributivo y de educación compensatoria para igualar el déficit acumulado en zonas rurales, en barrios marginales, en niños impedidos... En definitiva, en las personas que poseen desventajas para aprender.

Con todo ello, la Carta ofrece aportes importantes y las diez consultas regionales realizadas en los cinco continentes han permitido enriquecerla, tanto técnica como interculturalmente. No hay duda de que asistimos a un momento histórico que proyecta hacia el futuro una imagen definida por la celeridad con que se producen cambios y transformaciones que afectan significativamente a todos los sectores de la vida humana y que producen una nueva demanda social. En este sentido, la educación adquiere el carácter de instrumento eficaz para cooperar en el desarrollo de las distintas naciones que pueblan el mundo.

Miguel Á. Escotet
director general de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez y rector de la UIP

El esfuerzo educativo realizado ha sido inmenso, pero los cambios que se han introducido en la mayoría de los casos han sido reformas parciales y de tipo remedial que no han permitido la transformación integral que demanda el desarrollo social. Esto conlleva la necesidad inmediata de hacer cambios globales y profundos no solamente en los niveles del sistema formal de educación, sino en todos los sectores de la actividad social, cultural, científica y tecnológica. Estos cambios en nada están reñidos con las transformaciones puntuales o parciales, pero no hay duda de que en planificación no podemos alejarnos de la realidad ni dejar de aproximarnos a la utopía. Combinar ambos elementos con flexibilidad, con revisión permanente de objetivos y con movilización de recursos es la tendencia actual de la planificación educativa y social. Es, en palabras de Sylvain Lourié, el «pilotaje estratégico». Es la participación múltiple social sobre la base de un buen sistema de información, con fines anticipatorios. Planificación sistémico-dialéctica que yo definiría como la capacidad de «tener los pies sobre la tierra y la cabeza en las nubes».

Precisamente ayer se inició una nueva Semana monográfica que con tanto acierto ha venido organizando la Fundación Santillana y que en esta ocasión la dedica a «Prospectiva, reformas y planificación de la educación». Ahí se debate la educación para todos y se reflexiona sobre la reforma española.

El Ministerio de Educación y Ciencia ha hecho un importante y encomiable esfuerzo planificador plasmado en el Libro Blanco y demás documentos para la reforma. Es natural que en todo proyecto de esta naturaleza sea difícil lograr la perfección y que partes del mismo, como los mecanismos de participación y evaluación, la supervisión educativa, las actividades extracurriculares, la omisión del carácter educativo de los medios de comunicación o algunos diseños curriculares requieran modificaciones o aproximaciones sucesivas. Pero hasta cierto punto, la nueva demanda social y la dinámica mundial exigen planes flexibles, reformas y revisión permanentes de los objetivos si no se quiere ir por detrás de la Historia. Si algo me preocupa de esta reforma u otras reformas es el riesgo de caer en diseños curriculares rígidos, en leyes minuciosas que impidan los inevitables cambios que son intrínsecos al futuro de la educación.

También sería recomendable en la reforma española que se abriese un nuevo capítulo a los planes presentados. El que se refiriría a la necesaria reestructuración de los órganos del Estado y Gobierno que tienen relación con la educación. Hace falta una renovación estructural y organizativa del Ministerio de Educación y Ciencia para adaptarse a la reforma. También la necesitan las instituciones de las Comunidades autónomas. Es imprescindible tejer una red de cooperación entre todas, y entre éstas y el Ministerio para impulsar y evaluar de forma permanente la reforma educativa. Pero también es fundamental la creación de algún sistema efectivo que integre de una vez por todas las acciones educativas que realizan otros Ministerios, incluyendo entre ellos a Trabajo, Sanidad, Comunicaciones, Agricultura. Al mismo tiempo, se deben establecer mecanismos de participación y apoyo de las diferentes instituciones y grupos del sector privado para hacerlos corresponsables y participantes activos de una educación para todos.

Necesariamente, la educación es cara. Pero la ignorancia lo es todavía más. Cualquier reforma determina un aumento considerable de los recursos, pero no hay duda de que tanto en España como en otros países industrializados o en desarrollo, el gasto en educación al compararlo con otros sectores sigue siendo relativamente bajo. Esto es más cierto cuando nos referimos a la ayuda internacional para el desarrollo educativo. Difícilmente se logrará cumplir la mitad de los objetivos de la educación para todos en el mundo si no se aplica la esencia de la democracia, la solidaridad, la fraternidad en el plano internacional.

Según fuentes de, OCDE, Banco Mundial y UNESCO, entre 1981 y 1986 los países industrializados destinaron a gastos militares 3.546.000 millones de dólares, mientras que en ese mismo período toda la asistencia financiera externa para la educación fue de 24.470 millones de dólares, es decir, menos del 1 por 100 de los gastos militares. Los acontecimientos políticos y sociales recientes nos permiten tener una esperanza. Sin ella, la Carta sería papel mojado. Queremos creer con Federico Mayor cuando en la reunión de Quito expresó: «Se ha dicho que la década de los ochenta es la década perdida; está ahora en nuestras manos hacer de la década de los noventa la década en que la Humanidad abandonó la cultura de la guerra y puso

Por 500.000 pts. de entrada
Y 2 AÑOS SIN INTERESES
SU CASA EN LA COSTA
llave en mano, de 1, 2 y 3 dormitorios